

Estados Unidos en guerra contra las drogas: la mirada de la narcoliteratura*

The United States War on Drugs: the View of the Narcoliteratura

Ainhoa Vásquez Mejías**

Resumen

El gobierno estadounidense ha declarado una guerra contra las drogas que lleva aproximadamente medio siglo y obedece a un asunto de seguridad nacional, más que de salud pública. En este tiempo, han sido extraditados y apresados importantes narcotraficantes latinoamericanos, sin embargo, muy pocos ciudadanos estadounidenses se han visto involucrados públicamente en la industria, lo que establece una dicotomía entre criminales latinos y víctimas norteamericanas. La narcoliteratura entrega su propia visión histórica de esta guerra, cuestionando el hecho de que los estadounidenses no sean parte del negocio. Contrario al discurso oficial, los escritores Don Winslow, Armando Ayala Anguiano y Francisco Haghenbeck proponen que Estados Unidos ha utilizado la guerra contra las drogas a favor de sus propios intereses: con el fin de proteger las ganancias de sus altos empresarios, para apropiarse del negocio más lucrativo del mundo y para encubrir sus luchas políticas en contra del comunismo. Así, los escritores de la narcoliteratura estarían denunciando que Estados Unidos es parte fundamental de la red de narcotráfico internacional que busca combatir.

Palabras clave: narcoliteratura, narcotráfico, guerra, intereses, corrupción, México.

Abstract

The US government has declared a war on drugs that takes about half a century and follows a national security issue rather than public health. During this time, they have been arrested and extradited notorious Latin American drug lords, however, very few US citizens have been involved publicly in the industry. This establishes a dichotomy between Latin American criminals and their victims. The narcoliteratura delivers its own historical view of this war, and questions the fact that Americans are not part of the business. Contrary to official discourse, writers Don Winslow, Armando Ayala Anguiano and Francisco Haghenbeck propose that the United States has used the war on drugs in favor of their own interests: to protect the profits of its top entrepreneurs, to appropriate the world's

* Este artículo forma parte de la investigación “EE. UU. mira a México/México se mira a sí mismo: el narcotráfico como problema comparativo en las ficciones culturales estadounidenses y mexicanas”, que realicé como becario posdoctoral UNAM, del Centro de Investigaciones sobre América del Norte.

** Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México, ORCID 0000-0002-7747-8606, ainhoavasquezm@gmail.com

most lucrative business and to cover up their political struggle against communism. Thus, narcoliteratura writers are reporting that the United States is a fundamental part of the international network to combat drug trafficking that.

Keywords: *narcoliteratura*, drug trafficking, war, interests, corruption, Mexico.

Introducción

México lleva años en una guerra fallida contra la producción de narcóticos en su territorio. Una guerra que ha tenido sus consecuencias más devastadoras en los últimos años, de la mano del ex presidente Felipe Calderón (2006-2012) y el actual presidente Enrique Peña Nieto (2012-2018), pues ha traído aparejada la muerte de miles de civiles, desapariciones forzadas, la creación de grupos paramilitares de autodefensa y el constante miedo en toda la República. No obstante, esta guerra no es nueva, como tampoco es plenamente mexicana: surge cuando el presidente de los Estados Unidos de la década del setenta, Richard Nixon, decidió hacerle frente a las drogas bajo este término bélico. Momento en que México se convirtió, contradictoriamente, en criminal y aliado.

Críticos, académicos y escritores han estudiado este tema desde diversos enfoques y disciplinas (Luis Astorga, 2003; Froilán Enciso, 2015; Carmen Boullosa y Mike Wallace, 2016; Smith, 1993; Camacho, 2007, entre otros), sin embargo, es la narcoliteratura mexicana, un género de reciente aparición, la que ha intentado otorgar respuestas a esta guerra de la que gran parte de los mexicanos se sienten ajenos. Escritores mexicanos y estadounidenses llevan ya algunos años denunciando que el discurso público de Estados Unidos presenta serias desviaciones morales, mientras aseguran también que la industria afincada y aceptada del narcotráfico sirve para los propios intereses del país anglosajón.

La narcoliteratura, subgénero de la novela negra según Arturo García Niño (2013) o en palabras de Felipe Oliver Fuentes, un género que aborda de manera central “la producción, la distribución y consumo de drogas” (Fuentes, 2012: 106) presenta ciertas características que permiten imaginar este tipo de narraciones como un todo complejo con una tipología propia. Entre los rasgos comunes a estas producciones literarias Ramón Gerónimo Olvera (2013) destaca la adopción de una voz popular y una intención de emular al discurso periodístico, mientras Felipe Oliver Fuentes (2013) en su libro *Apuntes para una poética de la narcoliteratura*, reconoce una tradición asociada a la Novela de la Revolución y una degradación de los cuerpos como metáfora de la degradación social. A dichos rasgos se suma el aporte que hemos intentado hacer junto con Santos *et al.* (2016), incorporando a esta tipología el realismo gore en la forma de narrar las historias, una estética asociada al lujo excesivo¹ y una circularidad temporal, por cuanto la violencia se reproduce sin fin y de manera independiente del rostro de los victimarios.²

¹ Elemento analizado anteriormente por los colombianos Alberto Fonseca (2009), Omar Rincón (2009) y Héctor Abad Faciolince (2008).

² Aunque Olvera (2013) no lo incluye como una característica, también vislumbra y expresa esta circularidad, a partir de la novela de Don Winslow, *El poder del perro*: “El poder del narcotráfico consiste en que, una vez muerto el perro, contrario al dicho popular, continúa la rabia, como un asfixiante eterno retorno del cual los ciudadanos resultamos heridos de mordedura de pitbull que traba la quijada en su presa” (Winslow, 2005: 119).

Otro elemento fundamental, aunque no ampliamente referido hasta ahora: tanto la literatura del narcotráfico creada por autores mexicanos como por estadounidenses centran sus historias en un problema que no es privativo de México, sino una guerra en la que Estados Unidos es factor clave. García Niño, es quien analiza de modo más profundo este asunto, al definir la narcoliteratura como un subgénero fronterizo y binacional. Un asunto de relaciones internacionales entre México y Estados Unidos que creó una región literaria: “entendida esta como el espacio territorial imaginado —que no imaginario— donde la ficción realista se imbrica con la cotidianidad fronteriza realmente existente” (García Niño, 2013: 17).

Escritores mexicanos y anglos se han hecho parte de este género denominado narcoliteratura conformando, como asegura García Niño (2013), una región literaria cuyo tema central es el narcotráfico y las relaciones binacionales que llevaron a establecer una guerra contra la industria. Así, la narcoliteratura, asentada en esta región mexicana-estadounidense busca dar respuesta a interrogantes no resueltas, que den luces acerca de esta imbricada relación política, que ha llevado a México a permitir que un país vecino dicte las pautas de producción y distribución de sustancias que no siempre fueron ilícitas.

Y es que mientras Estados Unidos proclama —desde Richard Nixon hasta nuestros días— un discurso público que catapulta a las drogas como un problema de seguridad nacional, varios estados aprueban la legalización de la marihuana para fines médicos y/o recreativos. Esta doble moral es la que la narcoliteratura de la región denuncia y grita.

Para develar la crítica que la narcoliteratura está realizando respecto a la dudosa política pública de Estados Unidos tomaré como referente las novelas mexicanas *The Gringo Connection* (2000) de Armando Ayala Anguiano y *La primavera del mal* (2013) de Francisco Haghbenbeck, junto a las novelas anglo *El poder del perro* (2005) y *El Cártel* (2015), de Don Winslow. Soy consciente de que dejo fuera otras producciones literarias que también han abordado el tema como *No Country for Old Men* (2005) de Cormac McCarthy o *Salvajes* (2011) de Don Winslow, pero ello se debe a que he escogido aquellas novelas que revelan de manera directa y crítica la intervención política de Estados Unidos en el problema del narcotráfico mexicano, a la vez que intentan responder al porqué de la guerra contra la producción de narcóticos en Latinoamérica, evidenciando intereses de los vecinos del norte que nada tienen que ver con asuntos de salud.

Estados Unidos: en pie de guerra contra la droga extranjera

Estados Unidos tiene una alta población de adictos a distintas drogas. Según un estudio publicado a fines del 2015 por el Instituto Nacional sobre el Abuso del Alcohol y el Alcoholismo (NIAAA), el 10% de los adultos estadounidenses ha padecido trastornos por consumo de drogas en algún momento de su vida.³ A pesar de estas cifras, la guerra contra el narcotráfico —secundada por todos los presidentes norteamericanos, desde Nixon hasta Trump— parece no tener gran relevancia en asuntos de salud pública. Para Estados Unidos el narcotráfico es primeramente y prioritariamente un tema de seguridad nacional.

³ Véase <http://www.niaaa.nih.gov/news-events/news-releases/10-percent-us-adults-have-drug-use-disorder-some-point-their-lives> (consultado el 16/07/16).

Tema de seguridad nacional, por cuanto se ha visto como una amenaza. Amenaza a la soberanía, decía William Bennett, jefe de la Office of National Drug Control Policy durante los ochenta, quien aseguraba que pocas amenazas extranjeras eran más costosas para la economía de Estados Unidos que las drogas: “Aunque la mayoría de las amenazas internacionales son potenciales, el daño y la violencia causados por el tráfico de drogas son reales y omnipresentes. Las drogas son una gran amenaza a nuestra seguridad nacional” (Smith, 1993: 45). Una amenaza letal que justifica la militarización, basada en la idea de que esta es “una forma especialmente insidiosa de invasión extranjera que ameritaría nada menos que la movilización en gran escala de las fuerzas armadas estadounidenses” (Bagley en Smith, 1993: 181).

Esta política internacional que utiliza lenguaje y acciones enfocadas a defender la seguridad nacional antes que cuidar de la salud de los ciudadanos se explicaría —según la narcoliteratura— en la histórica estigmatización de las minorías raciales, a quienes se las culpa de la intromisión y el consumo en territorio estadounidense:

Cada droga ha tenido su correspondiente raza maldecida por los gobernantes: el consumo de opio está relacionado con la inmigración china, se considera que el uso de marihuana se debe al incremento de inmigrantes mexicanos y la cocaína es señalada como una droga propia de negros. Sin duda la asociación de drogas con inmigrantes es rentable para el gobierno como una manera de control migratorio (Haghenbeck, 2013: 112).⁴

Académicos como Boullosa y Wallace (2016), Serrano y Toro (2005), Miguel Ruiz-Cabañas (en Smith, 1993) y Jesús Esquivel (2016) lo confirman desde el terreno de las relaciones internacionales. Para Esquivel, Estados Unidos presenta una lógica maniquea que tiende constantemente a dividir entre víctimas y victimarios: “Estados Unidos se percibe mártir de un mal que nació fuera de sus fronteras. Los malos o los victimarios -desde la perspectiva política estadounidense, claro está, y lo demuestra la historia de su lucha contra las drogas- son los narcos latinoamericanos, asiáticos o de cualquier país que no sea el vecino del norte” (Esquivel, 2016: 12).⁵

Richard Nixon, en su guerra contra las drogas, fue quien creó la Drug Enforcement Agency (DEA) en el año 1973, con la idea de atacar este mal que corrompía a los ciudadanos norteamericanos, dentro y fuera de sus fronteras. Sin embargo las contradicciones no se hicieron esperar, ya que mientras se proclamaba la creación de una agencia efectiva, los capos corsos trasladaban opio crudo comprado en Turquía a laboratorios de Marsella, para convertirla en heroína y llevarla a Nueva York. Es la denominada Conexión Francesa que una vez revelada, logró hacer desaparecer —desde el mismo Departamento de Policía de Nueva York— toda la heroína decomisada, transformada en harina y fécula de maíz (Boullosa y Wallace, 2016). La primera gran mancha en el historial de la naciente DEA y que la narcoliteratura no ha dejado pasar, puesto que pone en evidencia la inoperancia o abierta corrupción de los aparatos gubernamentales estadounidenses: “Jesse aplaudió la hazaña y nunca se enteró que los mismos policías robaron las drogas de la bodega para luego venderlas en las calles de Nueva York” (Ayala, 2000: 50).

⁴ En una entrevista publicada por la revista *Harper's*, John Ehrlichman, Jefe de Política Interna durante la presidencia de Nixon, aseveró que la guerra contra las drogas fue impulsada para controlar a la izquierda antiguerra, a la comunidad hippie y a la gente negra. Véase <http://harpers.org/archive/2016/04/legalize-it-all/> (consultado el 16/07/16).

⁵ Para una historia completa de la política antidrogas en Estados Unidos, vista como un problema de seguridad nacional, véase Bagley en Smith (1993) y Coletta Youngers, en Camacho (2007).

La Operación Cóndor en México fue otro hito en esta guerra, ahora bajo el mando de los presidentes Jimmy Carter (1977-1981) y Ronald Reagan (1981-1989), cuyo fin fue destruir los campos de amapola y marihuana que cultivaban y cosechaban pequeños agricultores y campesinos. El presidente mexicano José López Portillo autorizó esta fumigación y contribuyó con dicha destrucción, impulsado por sus propios intereses gubernamentales: reprimir la insurgencia de campesinos que desafiaban con armas a la autoridad (Boullosa y Wallace, 2016). No obstante, en palabras de la narcoliteratura, fue la DEA y los estadounidenses quienes hicieron el trabajo sucio:

Es la DEA la que compró y pagó los aviones, y son pilotos contratados por la DEA quienes lo pilotan, la mayoría ex empleados de la CIA de la antigua dotación del sudeste asiático [...] chicos de Air America que antes transportaban heroína a los señores de la guerra tailandeses y ahora rocían con defoliantes el opio mexicano (Winslow, 2005: 28-29).

Esta operación fue catalogada como un primer gran acierto de la DEA y gozó de mucha popularidad al considerarse una batalla ganada por parte de los estadounidenses. Según datos del gobierno, la oferta de marihuana mexicana en el mercado de EE. UU. bajó de un 75% en 1976 a 4% en 1981 y el opio se redujo de 67% en 1976 a 25% en 1980. No obstante, se redujo la oferta pero no la demanda, y la droga mexicana fue reemplazada por la producción de otros países, entre ellos, del mismo Estados Unidos (Ruiz-Cabañas en Smith, 1993).

Esta política internacional punitiva, que tiende a ver a los países extranjeros como los responsables no solo de la producción de drogas ilícitas sino del consumo y el deterioro social de los estadounidenses, ha fortalecido la discriminación y reforzado las políticas antimigratorias. Hasta ahora Estados Unidos sigue destinando un presupuesto altísimo a su guerra contra las drogas, no con el fin de controlar la demanda sino atacando a los países productores: “En Estados Unidos, entre todos los órdenes de gobierno, se gastan anualmente 44 mil millones de dólares en acciones contra las drogas: siete veces más de lo que se destina al tratamiento de las adicciones” (Aguilar y Castañeda, 2009: 86).

Pues, como hemos apuntado, para EE. UU. el asunto del narcotráfico es un problema extranjero. Los extranjeros la producen, los extranjeros son líderes de cárteles, los extranjeros ingresan drogas ilícitas al territorio estadounidense, la lógica maniquea entre víctimas y victimarios. Una lógica cuestionable, ya que resulta increíble que sean solo extranjeros quienes sustenten el negocio más lucrativo de nuestra época. Armando Ayala Anguiano se pregunta: “¿Por qué no se difunden nombres y fotografías de algunos de los principales cabecillas del narcotráfico en Estados Unidos? [...] me refiero a los grandes jefes norteamericanos, que deben dirigir una organización de proporciones extraordinarias para poder surtir a un país tan enorme y plagado de drogadictos como Estados Unidos” (Ayala Anguiano, 2000: 13). Lo mismo denuncia Francisco Haghenbeck: “Nadie entendía cómo podía tener una red tan amplia de distribución sin que se hicieran arrestos en el trayecto. Eran miles de kilómetros, pero solo se sabía de federales atrapando traficantes en la frontera y a minoristas en Nueva York. En medio, nada. Como si fuera obra de fantasmas” (Haghenbeck, 2013: 243).⁶ Ambos autores mexicanos cuestionan en sus novelas la posible impunidad de Estados Unidos hacia sus propios narcotraficantes y cómplices.

⁶ Haghenbeck reafirma esta inquietud en el periódico *La Jornada Aguascalientes*: “si uno ve las noticias pareciera que solo hay narcotraficantes mexicanos, nunca he visto que hayan atrapado a un narco gringo, parece que la droga llega a El Paso y ahí desaparece, después aparece en Nueva York y nadie sabe qué

Especialistas como Peter Andreas (2005) y Guy Gugliotta (en Smith, 1993) también advierten el hecho de que los agentes aduanales estadounidenses nunca decomisan más que un pequeño porcentaje de drogas en la frontera; distribuidores colombianos y mexicanos son encarcelados pero ¿dónde están los distribuidores estadounidenses? El académico Jesús Esquivel intenta responder a estas preguntas en su libro *Los narvos gringos*, argumentando que en EE. UU. no existen líderes ni cárteles: “no hay una estructura piramidal de capos entre los narcos gringos, menos aún un narcotraficante estadounidense destacado” (Esquivel, 2016: 15). Sin líderes, los gringos solo pueden ser funcionarios o burócratas de cárteles foráneos: “son como una cadena de trabajadores independientes que prestan sus servicios a los narcos extranjeros” (Esquivel, 2016: 18).

A la vez, las autoridades estadounidenses aseguran que puede existir incompetencia pero no corrupción:

Los funcionarios de aduanas no se dan abasto y solo pueden inspeccionar un pequeño porcentaje de los vehículos que cruzan la frontera. Los inspectores han de proclamar públicamente que dan prioridad a la ejecución de la ley sobre la facilitación del comercio, pero en la práctica, si actuaran así el costo económico sería demasiado alto (Andreas, 2005: 70).

Los agentes aduanales tienen una sobrecarga de trabajo, sobre todo desde que Estados Unidos firmó el TLCAN con México, tratado de libre comercio que ha tenido efectos colaterales a favor de los narcotraficantes (Andreas, 2005). Según registran Boulosa y Wallace (2016), en el 2011, la Oficina de Estadísticas de Transporte norteamericano registró que casi 4.9 millones de camiones y setenta y un millones de vehículos particulares cruzaron la frontera México-Estados Unidos, lo que imposibilita que los inspectores revisen más que una pequeña muestra de los vehículos.

De esta ineficiencia se burlan los autores de la narcoliteratura; Don Winslow lo denomina irónicamente “Tratado de Libre Comercio de Droga de América del Norte”, y asegura que “el TLCAN ha relajado la seguridad fronteriza, lo cual facilita, entre otras cosas, un flujo ininterrumpido de tráfico entre México y Estados Unidos. Y con él, un flujo ininterrumpido de droga” (Winslow, 2005: 536). Mas estos novelistas no se quedan en una crítica a la ineficiencia, sino que denuncian la corrupción que existiría dentro de las mismas instituciones y la facilidad con que se puede comprar a los agentes de los controles fronterizos: “También hay que pagar a los agentes de Aduanas de Estados Unidos para que se hagan de la vista gorda cuando coches cargados de coca, hierba o heroína cruzan sus puestos, treinta mil dólares por cargamento” (Winslow, 2005: 416) “Sin el apoyo de los norteamericanos, era difícil pasar los cargamentos ilegales, pero habían aceitado los engranes dejando cifras importantes de dólares entre los policías de la aduana de San Ysidro. Todo funcionaba con dinero” (Haghenbeck, 2013: 347).

Estados Unidos tiene un discurso oficial: las drogas son un problema de producción extranjera, por tanto es una amenaza a la seguridad nacional que debe atacarse militarmente. Sin embargo, para académicos un poco más críticos como Andreas (2005) y Boulosa y Wallace (2016) resulta imposible pensar que no haya estadounidenses involucrados en esa poderosa industria. La misma sospecha que Winslow (2005 y 2015), Haghenbeck (2013) y Ayala (2000) expresan e intentan

pasó en medio, en ese viaje, y siempre pensé que tenía que ser gente muy metida con el poder, quizás como pasa en México, gente coludida con la policía, con los políticos, y pues nunca van a parar eso porque hay mucho dinero, entonces la doble moral es por eso, por la cantidad de dinero que hay de por medio” (Moro, 2013: en línea).

responder en sus novelas, ya que tal como afirma el autor estadounidense, “pensé que podía —a través de la ficción— aclarar lo que estaba pasando; y si me creía capaz de hacerlo, me dije, entonces debía de hacerlo” (Krauze, 2015). Aclarar, explicar y otorgar hipótesis es lo que hacen estos autores de la narcoliteratura proponiendo que —aunque pueda ser que no existan capos en Estados Unidos— sí hay funcionarios corruptos, una red de distribución poderosa y una guerra que nada tiene que ver con asuntos de salud, pero sí con intereses políticos y económicos.

Intereses empresariales

En el discurso oficial estadounidense, como hemos visto, el problema de las drogas es eminentemente un tema de seguridad nacional: extranjeros que amenazan la estabilidad social y ensucian la moral de los consumidores norteamericanos. La narcoliteratura, no obstante, parece tener otra opinión. No sería un problema de salud ni una amenaza a la seguridad nacional sino una afrenta a intereses económicos de particulares. Una guerra contra aquellos que pretenden inmiscuirse en el negocio de hombres poderosos y, con ello, afectar sus empresas, industrias y bolsillos.

Francisco Hagenbeck, en su novela *La primavera del mal*, retrata de manera cruda esta lucha de Estados Unidos por mantener la supremacía económica de sus ciudadanos poderosos y a un gobierno dispuesto a librar una guerra con tal de no tocar a sus intocables. Primero, dice el autor mexicano, fueron prohibidas las drogas derivadas del opio para evitar que disminuyera la fuerza productiva obrera debido a su efecto dormidero; posteriormente, los grandes magnates transformaron en prioridad parar el cultivo de marihuana, por cuanto el cáñamo comenzó a competir con el papel:

Es Hearst quien está detrás de todo. También la familia Du Pont y el secretario del Tesoro, Andrew Mellon también. Ellos saben que con la nueva máquina descortezadora, el cáñamo es un sustituto más barato que la pasta de papel en la producción de periódicos, donde poseen una considerable inversión de su capital. Para ellos, no es cuestión de tener jóvenes drogándose, sino que la planta de la marihuana compite con sus intereses monetarios de fibras sintéticas (Hagenbeck, 2013: 108).

Dicha afirmación de la novela, la sostiene el escritor en la entrevista “La primavera del mal: una novela negra e histórica”, realizada para el Instituto Sonorense de Cultura, comentando que la marihuana fue prohibida en el año 1937 por mandato de Williams Hearts, dueño de la prensa amarillista norteamericana y dueño del papel con que se imprimían los periódicos tanto en México como en Estados Unidos. El cáñamo podía reemplazarlo por ser un papel más duro, pero Hearts defendió sus intereses económicos, respaldado por las autoridades estadounidenses, que prohibieron el cultivo de cáñamo. A la par se lanzó la campaña en contra de México “diciendo que los mexicanos que fumábamos mariguana nos moríamos de sobredosis, que matábamos gente, lo peor, que violábamos gringuitas y se combinaban las dos razas, cifras ridículas en contra de la mariguana, inclusive hablaban de que era muy fácil que los mexicanos se murieran de sobredosis” (Instituto Sonorense de Cultura, 2013).

Las medidas proteccionistas a favor de los empresarios estadounidenses llegan en la novela *La primavera del mal* a involucrarse en los asuntos de políticas públicas internas de México. El presidente Lázaro Cárdenas intenta legalizar la marihuana en territorio nacional, sin embargo, James Ball, agente del Buró de Narcóticos

norteamericano, lanza una amenaza directa al encargado de llevarla a cabo: de aprobarse la ley y legalizar el cultivo de cáñamo, Estados Unidos realizará un embargo de fármacos, bloqueando por completo su distribución en México: “Las drogas no son cosas de doctorcitos, son asuntos de dinero” (Haghenbeck, 2013: 194), le dice Ball al doctor Leopoldo Salazar.⁷

Por otra parte, en la novela *El Cártel* (2015) del estadounidense Don Winslow también se vislumbra que el tema del narcotráfico tiene como prioridad defender intereses particulares, en este caso, no en relación al cáñamo sino al petróleo. El narcotraficante Adán Barrera le comenta al agente Art Keller: “Déjame que te cuente por qué Estados Unidos no permitirá que ganen los Zetas: porque los Zetas quieren el petróleo, porque están interfiriendo en las nuevas perforaciones y las empresas petroleras no van a transigir. Exxon, Mobil, BP están de mi parte” (Winslow, 2015: 583). La lucha encarnizada de Estados Unidos contra el cártel de los Zetas es un asunto económico y no de amenaza a la seguridad pública, mucho menos de salud.

Las ficciones del mexicano Haghenbeck y del estadounidense Winslow denuncian que la guerra contra las drogas impulsada por Estados Unidos contra México obedece plenamente a la intención de proteger el monopolio de sus magnates. El académico Nadelmann (en Camacho, 2007), asimismo, no desecha la idea que ronda en estas novelas, al asegurar que Estados Unidos prohíbe hasta hoy el cultivo de cáñamo, a pesar de que es legal en muchos otros países, tanto su cultivo como la venta de alimentos preparados con él. De la misma manera, Jesús Esquivel declara que un agente en servicio de la DEA le afirmó en una conversación *off de records* que

[...] si se acabara el narcotráfico, instituciones financieras como American Xpress o Citibank se irían a la quiebra [...] en la DEA, la CIA y el FBI se han elaborado muchos análisis al respecto y concluyen eso. El Departamento del Tesoro y la Casa Blanca lo saben, pero por eso mismo no podemos tocar a esos criminales millonarios de cuello blanco con títulos de universidades de prestigio que se sientan detrás del poder económico que les otorga el lavado de dinero de los narcotraficantes de tu país, o de cualquier otro de América Latina y Asia (Esquivel, 2016: 112).

Intereses políticos

En la película estadounidense *Two Guns* (2013), Manny “Papi” Greco, líder de un importante cártel mexicano, le confiesa a Robert Trench, agente encubierto de la DEA y a Michael Stigman, un ex marine, que los lazos entre el narcotráfico y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) son de cooperación y no de lucha: los estadounidenses le permiten cultivar, cosechar y distribuir drogas a cambio de ayuda en operaciones negras. Alianza sacada de una ficción cinematográfica que se repite también en la narcoliteratura. La denuncia de que la guerra contra las drogas se realiza cuando conviene al sector empresarial, pero que puede suspenderse hasta el punto de convertir a los narcos en aliados cuando hay otros intereses superiores: los intereses políticos.

⁷ El presidente mexicano Lázaro Cárdenas, efectivamente, legalizó por un período muy corto, el uso medicinal de la marihuana. El impulsor de esta iniciativa fue el médico Leopoldo Salazar Viniestra, jefe del Servicio Federal de Narcóticos (parte del Departamento de Salubridad), quien promovió la regularización en la distribución de drogas a los adictos, por parte del gobierno. Harry Anslinger, comisionado de la Oficina Federal de Narcóticos de Estados Unidos, hizo frente a esta medida imponiendo un embargo a la exportación de todos los medicamentos a México. Véase Boulosa y Wallace (2016) y Enciso (2015).

El comunismo, para Estados Unidos, fue desde principios del siglo XX una prioridad en asuntos de política exterior y, con ello, de seguridad nacional, por cuanto se pensaba una amenaza al gobierno. Esta lucha en contra de la ideología comunista y sus principales adeptos recrudesció en los años sesenta al declarar la guerra a Vietnam y, posteriormente, a los países latinoamericanos imbuidos en esta corriente. La CIA —encargada de proteger la seguridad nacional, según denuncian académicos y escritores de narcoliteratura— realmente fue creada como una fachada para perseguir esta supuesta amenaza. Según Boullosa y Wallace (2016), en 1947 la CIA apoyó a los capos corsos contra el Partido Comunista Francés en su lucha por controlar los muelles de Marsella, lo que derivó en la Conexión Francesa. A finales de 1960 los comunistas franceses ya no eran considerados peligrosos, por eso los estadounidenses acordaron tratarlo como un asunto de drogas y dismantelar la organización. En Japón, se unieron a las Yakuza o mafias orientales, permitiendo que asumieran el control de la distribución de drogas en las islas del Pacífico, para evitar los movimientos socialistas que florecieron después de la guerra. En Chile, la CIA se vinculó con el narcotraficante Rafael Alarcón, a quien se le dio libertad para operar a cambio de interceptar las comunicaciones de la Unidad Popular cuando Salvador Allende llegó al poder. Después del Golpe de Estado, Alarcón fue inculcado por narcotráfico, sin embargo, el jefe de la estación local de la CIA en Chile se opuso a su extradición interviniendo “ante el gobierno chileno para salvar la cabeza de su informante, evocando los servicios que ha rendido a la causa” (Boyer, 2001: 197).

Don Winslow, en las novelas *El poder del perro* y *El Cártel* relata las alianzas encubiertas entre la CIA y los narcotraficantes con el fin de eliminar a los grupos comunistas latinoamericanos. Niebla Roja, es el nombre clave que le da a la coordinación de operaciones estadounidenses destinadas a neutralizar los movimientos de izquierda en Latinoamérica, asesinatos de la extrema derecha financiados por los cárteles colombianos y mexicanos. Entretanto, denomina Operación Cerbero a la alianza que establece el gobierno de Estados Unidos con los narcotraficantes mexicanos (Tío Barrera a la cabeza) para derrocar a los sandinistas en Nicaragua: “Keller sabe lo que sucedió en 1985. Estaba allí. Interceptó los aviones que transportaban cocaína, vio los campos de entrenamiento, sabía que el Consejo de Seguridad Nacional y la CIA habían utilizado a los cárteles mexicanos para financiar las Contras nicaragüenses con la plena aprobación de la Casa Blanca” (Winslow, 2015: 92). Ayala Anguiano también lo incorpora: “La CIA había llevado cocaína de Sudamérica a Estados Unidos para, con el producto de la venta, comprar armas y abastecer a las gavillas proyanquis de América Central, como los ‘contras’ de Nicaragua” (Ayala Anguiano, 2000: 55).

Este pasaje que aparece de manera ficcional, tanto en las novelas de Don Winslow como en la de Ayala Anguiano (2000), ha sido confirmado por académicos y analistas en torno a la política de relaciones exteriores de Estados Unidos. Según declara Youngers, durante los ochenta, agentes de la CIA aseguraron que los terroristas cubanos y nicaragüenses estaban utilizando las ganancias de la droga para financiar a grupos de insurgentes en Latinoamérica. Con este argumento se aprobó la creación de los Contras, un movimiento paramilitar financiado por Estados Unidos, para derrocarlos. EE. UU. envió, así, armas en secreto a los Contras a través de los narcotraficantes mexicanos:

Félix Gallardo, que para entonces contrabandeaba a Estados Unidos 3.6 toneladas mensuales de cocaína, brindó “ayuda humanitaria” a los Contras: armamento pesado, dinero en efectivo, aviones y pilotos [...] uno de sus ranchos se convirtió en campo de entrenamiento de los Contras [...] A cambio, Washington se hizo de la vista gorda ante

las cantidades torrenciales de crack procesado en México que inundaban las calles de las ciudades estadounidenses (Boullosa y Wallace, 2016: 63-64).

Según prosigue Youngers, sin embargo, años después se reveló “con más argumentos, que las fuerzas contrainsurgentes respaldadas por Estados Unidos estaban utilizando las ganancias de la droga para costear su guerra contra el gobierno nicaragüense” (en Camacho, 2007: 116). Ello gracias a la confesión de un agente de la CIA que declaró en 1990 que Miguel Ángel Félix Gallardo, Rafael Caro Quintero y los hermanos Fonseca Carrillo prestaban sus haciendas a la Contra nicaragüense para que allí entrenaran (Boyer, 2001). Asimismo, la CIA le pagaba a los pilotos para llevar armas a los contras de Nicaragua, y los narcos de Colombia les pagaban por traer marihuana (Esquivel, 2016).⁸

Afirman Carmen Boullosa y Mike Wallace que “La carta anticomunista de la CIA mataba la carta antidroga de la DEA” (Boullosa y Wallace, 2016: 64). La droga, dejó en ese entonces de ser un asunto prioritario en temas de seguridad nacional en pos de una amenaza mayor a la estabilidad del poder gubernamental de Estados Unidos: el comunismo. El problema, como bien indica Don Winslow en su novela *El poder del perro*, es que luego de la derrota de la guerra en Vietnam el Congreso decidió no aprobar presupuesto para guerras encubiertas contra los comunistas, y fue por ello que se disfrazó en una lucha contra las drogas: “no vayas al Capitolio para decirles que estás ayudando a tus aliados y vecinos a defenderse de la guerrilla marxista. No, envía a tus partidarios de la DEA a pedir dinero para impedir que las drogas lleguen a manos de los jóvenes norteamericanos” (Winslow, 2005: 565). Una guerra que, al menos en los años setenta, sirvió como pantalla para encubrir otros intereses políticos.⁹

Intereses económicos

Según asegura Jesús Esquivel (2016), en Estados Unidos no hay grandes narcotraficantes, no al menos como conocemos en México o Colombia. Ningún Pablo Escobar, Chapo Guzmán o Amado Carrillo Fuentes ha pasado a la historia. Ello no implica, sin embargo, que no existan personas que se beneficien económicamente del negocio. Según documentan Serrano y Toro, muchos eran los estadounidenses que comenzaron a viajar a Latinoamérica desde los años cuarenta buscando conexiones con productores de droga, contrabandistas y policías para surgir en el negocio del

⁸ Al parecer esto fue lo que descubrió el agente de la DEA Enrique Camarena, asesinado en 1985 por los jefes del Cártel de Guadalajara, con Miguel Ángel Félix Gallardo y Rafael Caro Quintero al mando. Tal como lo ficionaliza Ayala Anguiano: “Camarena descubrió que Caro Quintero, Don Neto y Félix Gallardo comerciaban con la droga de la CIA, y que se decidió silenciar el hallazgo por razones de alta política: tanto el gobierno mexicano como la DEA tenían informes de que los contras recibían adiestramiento militar en ranchos mexicanos propiedad de Caro Quintero y Don Neto” (Ayala Anguiano, 2000: 89). Por ello “La CIA ayudó como mínimo a encubrir el asesinato de Hidalgo” (Winslow, 2015: 91). Los exagentes de la CIA Phil Jordan y Tosh Plumlee años después, aseguraron tener las pruebas de que fue el gobierno estadounidense el que ordenó el asesinato de Camarena al descubrir que las ganancias del narco estaban destinadas a la subvención de los contras en Nicaragua (véase Chaparro y Esquivel, 2013).

⁹ Según Boullosa y Wallace, en México también se ha utilizado la estrategia antidroga para invisibilizar otras intenciones. Suponen, así, que el ex presidente mexicano Felipe Calderón declaró la guerra al narcotráfico como una medida ante el descrédito de que su elección fuera realmente democrática “no es de sorprender que muchos creyeran que esta guerra inventada fuera una jugada desesperada de Calderón para salvar su presidencia. Parecía un esfuerzo por cambiar la conversación, por distraer la atención de las muchedumbres en la calles, por establecer su legitimidad al reunir al país detrás de su comandante en jefe y su enfrentamiento heroico contra un enemigo casi externo” (Boullosa y Wallace, 2016: 119).

narcotráfico. “Durante los años cincuenta y sesenta, mucho del contrabando de marihuana mexicana a los Estados Unidos lo controlaban estadounidenses que cruzaban la frontera de ida y vuelta o que, en las operaciones más significativas, financiaban la producción de droga y su transporte” (Serrano y Toro, 2005: 235).¹⁰ En los años ochenta, sin embargo, estos contrabandistas estadounidenses parecen haber desaparecido entre los capos latinoamericanos.

Si bien la narcoliteratura no asume la voz de algún capo gringo importante, al menos cuestiona el hecho de que algunos estadounidenses no se estén enriqueciendo a costa del narcotráfico latinoamericano o que algún anglo tenga intenciones de apoderarse del negocio. Así, mientras Hagenbeck (2013) propone que la guerra contra las drogas resguarda los intereses de grandes empresarios y Don Winslow (2005 y 2015) aventura que es una pantalla para invisibilizar intereses políticos, Ayala Anguiano (2000) plantea en su novela que esta guerra busca derrocar a los latinos para que los estadounidenses puedan apropiarse de la industria del narco, fungiendo como grandes empresarios.

En la novela *The Gringo Connection* (2000) los anglos intentan eliminar a los cabecillas del negocio colombiano, a los grandes productores y distribuidores, para sustituirlos por gerentes enviados directamente desde Estados Unidos, lo que les permitiría adueñarse de todo. La explicación para dicho plan se basa en que los latinos tienen fama de ineficientes al desperdiciar mucho producto y obtener bajos rendimientos:

Una docena de buenos ejecutivos gringos mejorarían la operación en un santiamén. De hecho, el feroz combate que se libra ahora contra los principales narcotraficantes mexicanos parece indicar que se quiere prescindir de ellos. Los grandes del narcotráfico son insaciables y quisieran arrasar los cárteles colombianos y mexicanos, que han operado independientemente, para sustituirlos por simples empleados de la gran organización establecida en Estados Unidos (Ayala Anguiano, 2000: 74).

La hipótesis de la novela de Ayala Anguiano sería entonces la intención de Estados Unidos de apoderarse de este lucrativo negocio a través de la imposición de una guerra falsa. Una idea que podría reforzarse históricamente en la mención a la Operación Cóndor, la lucha contra los campesinos productores de marihuana que tuvo como efecto la carencia de cáñamo en México pero el auge de la droga en Estados Unidos. En la novela se asegura que en pocos años los

cultivadores situados al norte de la frontera pudieron satisfacer la mitad de su demanda local; poco después, las dos terceras partes, y al cabo de los años les sobró producto para exportarlo a Canadá, por lo que se decía que el gobierno de Washington solo había estado protegiendo a sus productores nacionales (Ayala Anguiano, 2000: 81).

Algo similar han documentado académicos mexicanos y estadounidenses al descubrir que, posterior a la Operación Cóndor, la que se considera la mayor batalla ganada en contra del narcotráfico mexicano, se tuvo como respuesta un gran incremento en la producción de marihuana en los Estados Unidos, alza en el cultivo que permite hasta hoy satisfacer con creces su demanda interna (Smith, 1993; Aguilar y Castañeda, 2009; Serrano y Toro, 2005).

¹⁰ Es la historia que relata Jerry Kamstra en su libro *Weed: Adventures of a Dope Smuggler* (1974).

Lo mismo ocurre con las drogas de diseño: “los pollos gordos de Estados Unidos se están apresurando a producir drogas sintéticas mejoradas, de altísima tecnología, a fin de prescindir de nosotros y quedarse con el 100% del mercado” (Ayala, 2000: 100). Una idea que refuerzan los académicos especialistas (Naderlmann en Camacho, 2007: Smith, 1993; Serrano y Toro, 2005), quienes aseguran que hoy el principal productor de metanfetamina es el país anglo. Es en Estados Unidos donde se encuentran los grandes laboratorios que han desplazado la industria de drogas de diseño mexicanas y colombianas. Al ser dueños de la marihuana y de las drogas sintéticas es difícil creer que Estados Unidos no tiene intereses económicos involucrados.

Varios son los estados norteamericanos que han legalizado el cultivo y la venta de marihuana para fines medicinales y recreativos, pero el Congreso se opone a la legalización nacional y se continúa una guerra frontal contra el narcotráfico latinoamericano. Surge entonces la interrogante pública acerca de la legitimidad de una guerra, preguntas que han tenido voz en ex presidentes como Jorge Batlle, ex presidente de Uruguay, quien el 2000 preguntó por qué la negación a legalizar las drogas por parte de Estados Unidos, a lo que se le respondió que el día en que las drogas fueran legales en Estados Unidos perderían su valor “Y si pierden su valor, no habrá ganancia” (en Camacho, 2007: 66), respuesta que repite Ayala Anguiano en la novela al declarar que “no será fácil que los que ahora ganan dinerales se resignen a permitir que la legalización les arruine el negocio” (Ayala Anguiano, 2000: 68).

Sea como sea, por intereses políticos, empresariales o económicos, expertos y novelistas parecen coincidir con la idea de que existen cabos sueltos en la política antidroga de Estados Unidos. La DEA persigue y atrapa a traficantes colombianos y mexicanos, sin nunca dar nombres de capos o intermediarios estadounidenses

¿Y por qué el gobierno de Estados Unidos gasta enormes sumas en investigar cómo lavaron dos tristes millones de dólares en un pueblo de Jalisco unos empleaditos bancarios, mientras que no vigila a los bancos y las casas de bolsa de Estados Unidos, donde se lavan miles y miles de millones de dólares cada mes? [...] A mí se me hace que todos ellos de algún modo obtienen beneficios y por eso se hacen los desentendidos (Ayala Anguiano, 2000: 68).

Una política antidrogas desprestigiada, por cuanto no protege a los consumidores y adictos; una política antidrogas que, en palabras de Nadelmann “puede parecer tan absurda que muchos latinoamericanos asumen que no se trata realmente de un interés genuino por el tema de las drogas, sino una pantalla para otros intereses económicos y de seguridad” (Nadelmann en Camacho, 2007: 66). Intereses que pueden tener relación, como piensa Winslow, con temas de seguridad de Estado en la amenaza fantasma del comunismo desestabilizador, o con una política proteccionista a favor de grandes empresas y grandes magnates en la novela de Haghenbeck, o con intereses económicos involucrados en la industria de narcotráfico, según la literatura de Ayala Anguiano; pero que de cualquier forma, parecen obedecer a todo, menos a un tema de drogas.

Conclusiones

Frente a tanta interrogante que plantea una guerra que hasta ahora no tiene sentido, la narcoliteratura opina y otorga hipótesis acerca de los intereses no visibles. Los escritores hablan pero también denuncian y critican la doble moral que Estados Unidos ha tenido respecto al tema del narcotráfico: se ve como un problema de

seguridad nacional, lo que otorga carta blanca para encarcelar a latinoamericanos,¹¹ mientras se niega la existencia de miles de adictos que necesitan con urgencia programas de salud pública al respecto.

Don Winslow, como estadounidense, afirma esta denuncia, declarando que el problema de las drogas en Estados Unidos no es un problema de México sino de los consumidores:

Se habla del problema mexicano de la droga, pero es un error: ese problema se originó en Estados Unidos. Tenemos el mal hábito de señalar a los mexicanos, colombianos y afganos por producir droga, pero ¿quién la compra? ¿Cómo se puede decir “quiero comprar esto” y luego culpar al vendedor? (Morán, 2010: en línea).

Un problema que se ha incrementado por ser el negocio más lucrativo de México, pero que comienza en Estados Unidos, durante la prohibición del alcohol, y se afirma con la distribución de opio entre los veteranos de la guerra de Vietnam, en ese acuerdo histórico firmado por los presidentes Manuel Ávila Camacho y Franklin D. Roosevelt en 1942 que favorecía el cultivo de amapola. Momento en que Estados Unidos olvidó su campaña antidroga: “al suspender el decreto a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Promoviendo la producción de opio en México sencillamente se mordieron la lengua, demostrando que su discurso de doble moral era traicionar, voluble y poco confiable” (Haghenbeck, 2013: 219).¹²

Estados Unidos puede haber ganado muchas batallas, desde la Operación Cóndor hasta nuestros días, aunque de nada sirve si no se ataca la ansiedad de los consumidores estadounidenses. Tal como indica Winslow, es necesario entender que la solución para acabar con las drogas y las adicciones no está en México sino en reconocer que es un problema de Estados Unidos y su política contradictoria, de su moralidad confusa: “Estamos gastando casi dos mil millones de dólares envenenando cosechas de cocaína y, de paso, a los niños de aquí, mientras que en casa no hay dinero para ayudar a alguien que quiere dejar las drogas. Es una locura” (Winslow, 2005: 655).

Y así, mientras se libra una guerra infructuosa, que se combate del lado equivocado, la corrupción permea todas las capas públicas, permitiendo que miles se enriquezcan ilícitamente. Mientras se reclama que los mexicanos viven en un narcoestado corrupto, los escritores denuncian que el narcotráfico no distingue países porque todos son susceptibles de entrar en el juego del dinero y el poder. En *El poder del perro* (2005) la DEA es cómplice de torturas; en *La primavera del mal* (2013) se reconoce que hay agentes de la DEA y la CIA involucrados en el tráfico de drogas; en *El Cártel* (2015) se declara que el ejército mexicano no es parte de un cártel sino otro cártel. Los agentes de la DEA incorruptibles terminan siendo ineptos y vengativos como Jesse en *The Gringo Connection* (2000), quien busca atrapar a Galindo no solo por ser líder de un cártel sino porque ha mirado con lujuria a su esposa o Art Keller, en las novelas de Winslow, quien encuentra su venganza contra Adán Barrera disparándole dos veces en la cara, luego de haber hecho tratos con él. Una historia en la que no hay

¹¹ Esquivel (2016) asegura que el narcotráfico sigue siendo, antes que un problema de salud, un problema racial. Se encarcela por tráfico a mexicanos o afroamericanos, casi nunca a estadounidenses. Un latino puede ser condenado a cadena perpetua, mientras un estadounidense puede salir por buena conducta en la mitad del tiempo que se le ha dado.

¹² Durante la Segunda Guerra Mundial, al cerrarse las fuentes asiáticas europeas, el gobierno de EE. UU. pidió oficialmente a México que permitiera el cultivo de la amapola para producir morfina, puesto que era necesario para curar a los hombres del ejército estadounidense (Ruiz-Cabañas en Smith, 1993 y Boyer, 2001).

buenos y malos, sino parte de una misma podredumbre: “No eran las dos caras de la moneda, sino dos monedas con la misma cara” (Haghenbeck, 2013: 433).

Tal como indica el crítico Ramón Gerónimo Olvera y que puede extenderse no solo a *El poder del perro* (2005) de Don Winslow sino a todas las novelas analizadas: “Un mérito central del libro es que asume las redes de corrupción más allá de lo que la propaganda norteamericana anuncia como exclusivas de México; en la novela, las oficinas del FBI sirven como bodega de cocaína para controlar la distribución de la droga” (Olvera, 2013: 118). Una corrupción en todos los niveles y que no distingue nacionalidades, edades ni épocas históricas. Una guerra infructuosa de la que solo se beneficia algunos poderosos.

Bibliografía

- Abad Faciolince, Héctor. (2008). “Estética y narcotráfico”. *Revista de Estudios Hispánicos* 42(3), 513-518.
- Aguilar, Rubén y Castañeda, Jorge (2009). *El narco: guerra fallida*. México: Punto de lectura, 2009.
- Andreas, Peter. (2005). “Crimen transnacional y globalización económica”. En: Berdal, Mats y Serrano, Mónica (coord.). *Crimen transnacional organizado y seguridad nacional: cambio y continuidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Astorga, Luis. (2003). *Drogas sin fronteras*. México: Grijalbo.
- Ayala Anguiano, Armando. (2000). *The Gringo Connection*. México: Océano.
- Boullosa, Carmen y Wallace, Mike. (2016). *Narco Historia*. México: Penguin Random House.
- Boyer, Jean-Francoise. (2001). *La guerra perdida contra las drogas*. México: Grijalbo.
- Camacho Guizado, Álvaro (ed.). (2007). *Narco-tráfico: Europa, EE. UU., América Latina*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Chaparro, Luis y Esquivel, Jesús. (2013). “A Camarena lo ejecutó la CIA, no Caro Quintero”. *Proceso* [en línea] Disponible en <http://www.proceso.com.mx/355283> (consultado el 15/06/16).
- Enciso, Froilán. (2015). *Nuestra historia narcótica*. México: Debate.
- Esquivel, Jesús. (2016). *Los narcos gringos*. México: Grijalbo, 2016.
- Fonseca, Alberto. (2009). *Cuando llovió dinero en Macondo: literatura y narcotráfico en Colombia y México*. Tesis Doctoral de la Universidad de Kansas, Estados Unidos.
- Fuentes, Felipe Oliver. (2013). *Apuntes para una poética de la narcoliteratura*. México: Universidad de Guanajuato.
- _____. (2012). “Narconovela mexicana: ¿moda o subgénero literario?”. *Taller de Letras* N° 50, 105-118.
- García Niño, Arturo. (2013). “La narconarrativa, un subgénero literario fronterizo y binacional”. *Revista Razón y palabra* 84 [en línea] Disponible en http://www.razonypalabra.org.mx/N/N84/V84/14_Garcia_V84.pdf (consultado el 15/06/16).
- Haghenbeck, Francisco. (2013). *La primavera del mal*. México: Suma de Letras.

- Instituto Sonorense de la Cultura. (2013). "La primavera del mal: una novela negra e histórica" [en línea] Disponible en <http://isc.gob.mx/prensa.php?id=3424> (consultado el 15/06/16).
- Kamstra, Jerry. (1974). *Weed: Adventures of a Dope Smuggler*. Estados Unidos: Harper & Row.
- Kormákur, Baltasar (dir.). (2013). *Two Guns*. Estados Unidos: Universal Pictures.
- Krauze, León. (2015). "Entrevista a Don Winslow". *Letras Libres* N° 201 [en línea] Disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/entrevista/entrevista-don-winslow> (consultado el 15/06/16).
- McCarthy, Cormac. (2005). *No Country for Old Men*. New York: Random House.
- Morán, David. (2010). "Don Winslow. Realismo sucio (pero sucio de verdad)". *RockdeLux*. [en línea] Disponible en: www.rockdelux.com/radar/p/don-winslowrealismo-sucio-pero-sucio-de-verdad-.html (consultado el 15/06/16).
- Moro, Javier. (2013). "Entrevista a F. Haghenbeck, sobre La primavera del mal". *La Jornada Aguascalientes*. Disponible en: <http://www.lja.mx/2013/11/entrevista-a-f-haghenbeck-sobre-la-primavera-del-mal/> (consultado el 15/06/16).
- Olvera, Ramón Gerónimo. (2013). *Solo las cruces quedaron. Literatura y narcotráfico*. México: Ficticia.
- Rincón, Omar. (2009). "Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia". *Nueva Sociedad*. 222, 147-163.
- Santos, Danilo; Vásquez, Ainhoa y Urgelles, Ingrid. (2016). "Introducción: Lo narco como modelo cultural. Una apropiación transcontinental". *Mitologías Hoy* 14, 9-23.
- Serrano, Mónica y Toro, Cecilia. (2005). "Del narcotráfico al crimen transnacional organizado en América Latina". En Berdal, Mats y Serrano, Mónica (coords.). *Crimen transnacional organizado y seguridad nacional: cambio y continuidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Peter (comp.). (1993). *El combate a la drogas en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Winslow, Don. (2015). *El Cártel*. México: RBA Editores.
- _____. (2011). *Salvajes*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- _____. (2005). *El poder del perro*. México: Random House Mondadori.

* * *

RECIBIDO: 16/07/16

ACEPTADO: 5/2/2018